

Alejandro Vicuña

V

LITERATOS Y BOHEMIOS

Capítulo del libro «Horacio»  
que aparecerá próximamente.



**A**CODADOS en rústicos mesones, sobre los cuales se asientan algunas ánforas y vasos de tierra cocida, conversan y disputan grupos de jóvenes y hombres ya formados, que se renuevan incesantemente. La política, la filosofía, las letras, las artes, el amor son temas preferidos de esos cenáculos, no siempre tolerados de buena voluntad por algunos taberneros, más empeñados en ganar sextercios que en escuchar discursos o fomentar el cultivo de las ciencias y las artes.

Los clientes de la taberna se agrupan en los mesones, según sus ideologías o tendencias literarias. Sólo cuando los ánimos están excitados por alguna novedad política o acontecimiento de importancia, se entremezclan los diversos grupos, en busca de

noticias o tras la discusión acalorada, que termina con frecuencia en batalla campal.

Entre la densa humareda, provocada por las luminarias de aceite, pendientes del techo o incrustadas en los muros incombustibles, se ven rostros congestionados por las pasiones y el vino o manos nerviosas que rasgan el aire, agitando trozos de túnicas descoloridas y raídas.

Más de una vez la temible policía romana hace sus incursiones en tales lugares de reunión, sorprendiendo a individuos peligrosos para eso que ya los romanos llamaban Seguridad interior del Estado; pero la vigilancia de esos centros se halla ordinariamente confiada a espías y soplones, casi siempre griegos y charlatanes, que saben despertar curiosidad, atraer la atención, provocar declaraciones y confesiones, arrancar jactancias, en una palabra, imponerse del pensamiento e intenciones de los clientes (1).

Ante el tribunal abigarrado de esos jueces inexorables comparecen ideas, hombres y acontecimientos, escuchándose sentencias casi siempre rigurosas para los personajes altamente colocados. Ni siquiera el temible poder de los Triunviros escapa al examen y censuras de esos opinantes, tomándose en tales casos la pre-

---

(1) Es digna, no obstante, de anotarse, para ejemplo de nuestra época, la conducta tolerante de César, con quienes atacaban su gobierno y zaherían cruelmente su persona. Al poeta Cátulo, autor de sarcásticos epigramas en su contra, jamás negó un asiento en su propia mesa, ni siquiera a raíz de los más enconados ataques. Así entendía aquel Tirano la amistad, y así sabía respetar las ideas de sus amigos.

caución de examinar previamente al auditorio y suavizar un tanto el sonido de las cuerdas vocales.

Es solamente cuestión de grados; pero todos son enemigos del orden establecido. Detestan a Antonio, aunque reconocen su hombría extraordinaria; lo detestan por su crueldad, su amor al dinero y ansia de toda clase de placeres; lo detestan porque deja intervenir en política a su esposa Fulvia, la más intrigante, prepotente y corrompida de las mujeres. Desprecian a Lépido, el comodín de muchas combinaciones políticas de la época; lo desprecian por incoloro y falta de carácter. Sólo una que otra burla gastan para caracterizar y condenar a tan pobre personaje. ¿Y qué decir de Octavio? Ese mozalbete los saca de tino por ambicioso, hipócrita y cobarde. Apenas ha pasado los veinte años, y ocupa una posición preponderante, desproporcionada a su edad y méritos personales. Sobrino de César, ha especulado hábilmente con la memoria de su tío, declarándose su heredero. Incapaz de manejar las armas, como lo ha demostrado en Sicilia y Filipos, está soberanamente capacitado para tejer intrigas y disimular sus ambiciones.

La política de los Triunviros no escapa mejor que sus personas en el análisis despiadado que los estudiosos, poetas y bohemios realizan en las tabernas o en los ángulos del Foro.

Los vencedores de hoy son peores que los caídos ayer. La partija de honores y cargos públicos, la distribución de los bienes confiscados a los Republicanos

sirven para satisfacer ambiciones y pagar servicios. El pueblo, la enorme masa de los habitantes sigue vegetando en la miseria, arrullada por suntuosas promesas. Los hombres bien intencionados, que han tomado las armas en defensa de la causa popular, han sido anulados o tramitados por los audaces que sólo perseguían el logro de miras personales. Son inútiles las revoluciones, estériles las vidas sacrificadas en los campos de batalla: es preciso comenzar siempre de nuevo.

Las conquistas de países lejanos, llevadas a cabo en los últimos años no merecen juicios más favorables de los exigentes críticos. Ellos aman a su patria y sienten el orgullo de ser romanos; pero ¿con qué objeto perturbar la existencia de los demás pueblos de la tierra? ¿No tienen también ellos el derecho a la vida? En realidad, lo que se persigue principalmente con tales campañas es conjurar los peligros interiores, provocados por las injusticias de los gobernantes, y adormecer al pueblo exasperado con la música ya demasiado conocida de águilas romanas vencedoras, del nombre de Roma, dominadora del universo. Para eliminar a los hombres que estorban en la política o librar al Gobierno de las legiones acampadas en Italia, se proyectan y realizan expediciones contra los cántabros, bretones o los partos, y allá, en esas regiones casi inaccesibles, quedan millares de existencias, sacrificadas a las conveniencias políticas de unos cuantos audaces.



Y toca su turno a las cuestiones de alta filosofía, dividiéndose en tal examen las opiniones de los inexorables jueces. Unánimes para condenar el orden social existente, divergen los criterios para apreciar las doctrinas filosófico-morales en boga. Aristipo y Epicuro atraen el mayor número de adeptos, pero quedan todavía entusiastas secuaces de las doctrinas de Zenón.

Incapaces los romanos de crear una solución propia a los fenómenos de la vida humana, han debido atenerse a soluciones importadas de Grecia, y divulgadas principalmente entre los rústicos señores del mundo por el genio de Cicerón.

La doctrina estoica ha sido primeramente favorecida por la adhesión entusiasta de los latinos; pero luego la corrupción de los tiempos ha traído consigo el triunfo de la moral epicúrea.

¿Qué significación práctica habría podido alcanzar la serena moral de Zenón en medio de la embriaguez colectiva de riquezas y placeres que siguió a la batalla de Filipos?

Someterse a las leyes eternas de la naturaleza; regular según ellas el pensamiento y la acción; cifrar la libertad en querer lo que se puede y hacer lo que se debe era programa de vida demasiado inaccesible para las generaciones de Antonio y Octavio. La naturaleza inmutable de las cosas prescribe lo que es justo en todas las condiciones o situaciones de la vida, y es preciso respetar ese fallo inapelable. Por tanto, es necesario estudiar la naturaleza de las cosas, a fin

de distinguir lo justo de lo injusto; desvestirse de toda ilusión o prejuicio, y ceñirse estrictamente a la realidad. En una palabra, existen deberes para cada instante de la existencia y el hombre está obligado a cumplirlos. ¡Era demasiado para la Roma de los Triunviros!

Más adaptable y halagadora que la anterior, la doctrina de Aristipo y Epicuro dominaba los espíritus.

Principio de los conocimientos humanos, la sensación enseña al hombre la existencia de un mundo interior y un mundo exterior. Ignorante de la esencia de las cosas, sabe únicamente que unas le agradan y otras le repugnan, debiendo procurarse las primeras y huir de las segundas. Los males inevitables pueden ser endulzados con la paciencia y la resignación, a fin de hacerlos más llevaderos. Las cosas nos hacen felices o desgraciados, no tanto por lo que son en sí mismas, cuanto por lo que nosotros pensamos de ellas; debemos, pues, habituarnos a considerarlas bajo su aspecto agradable, alcanzando de tal modo un verdadero dominio sobre el mundo exterior. La independencia, la libertad, la felicidad son frutos de tal conducta.

Indigna de Aristipo y Epicuro, circulaba bajo sus nombres una moral infecta y materialista, que reducía la felicidad a satisfacción de los sentidos y bajas pasiones.

La mayoría de los contertulios estudiosos defendía con calor las posiciones de Aristipo contra la inflexi-

bilidad de Zenón, reconociendo, no obstante, la sublimidad de la doctrina estoica. Buena estaba ella para Catón, Cicerón y Bruto, los tres grandes ciudadanos de Roma; pero esos tiempos habían pasado y era preciso una doctrina filosófica más en armonía con el utilitarismo y molicie reinantes.

Las discusiones solían ser interrumpidas por la llegada de los *Inseparables*, nombre con que bohemios y poetas designaban desde tiempo atrás a dos jóvenes que aparecían siempre juntos y que obedecían a los nombres de Virgilio y Horacio. La presencia de los celebrados poetas paralizaba como por encanto la espontaneidad de los contertulios. Se desconfiaba de ellos y de sus actividades, juzgándoseles vinculados a los intereses de las clases dominantes.

La malignidad bohemia había inventado un término para caracterizar a ciertos literatos, que se sentaban a la mesa de los ricos, defendían el orden establecido, y en todo momento aparecían en connivencia con personajes y magnates. *Literatus domesticus* llamaban los bohemios y rebeldes a quienes, ansiosos de holgura económica y relaciones sociales, sacrificaban su libertad espiritual para defender ideales de una clase social distinta de la propia.

La pobreza, esa eterna prostituidora del talento, obligaba a muchos ingenios a agruparse en torno de los ricos, y escribir a gusto de los ricos.

Virgilio, niño regalón de los señores romanos,



busca posiblemente en Horacio un digno colaborador para celebrar e inmortalizar en versos las grandezas del régimen y de sus personajes; por tal motivo, le distingue y agasaja de un modo especial. Aunque distintos de temperamento, se entienden maravillosamente el acaramelado Cisne de Mantua y el escéptico y un tanto amargo Vate de Venusa.

La diferencia de edad de esos grandes poetas — cinco años a favor de Virgilio — no alcanza a establecer superioridad alguna entre ellos: se aman como hermanos gemelos, y pronto el más afortunado de ellos, Virgilio, logrará que su amigo alcance las distinciones y generosidades de los magnates de Roma.

El retraimiento de Horacio con relación a sus compañeros de letras, turbulentos y rebeldes, obedecía también a otra circunstancia que le imponía reserva y circunspección en sus palabras y conducta: era funcionario público.

La estrechez de su situación económica lo había obligado a aceptar el cargo de amanuense en una Decuria de Cuestores, oficio insignificante en dignidad y rentas, pero que como todos los cargos públicos exigía en su titular el sacrificio de la propia personalidad e independencia. En el Estado Romano, como en los estados actuales, gran parte de la opinión favorable al Gobierno estaba formada por esos ciudadanos semicastrados en el orden cívico, llamados funcionarios públicos, a quienes exige su absorbente señor, no sólo la prestación de un servicio, sino también adhesión fer-



vorosa, o en el más favorable de los casos, el obsequio del silencio.

Para vivir, pues, Horacio debía callar.

La concurrencia del poeta a tales círculos bohemio-literarios, en calidad de huésped sospechoso e indeseable, hizo nacer en su espíritu una especie de repulsión hacia la mayor parte de sus compañeros de letras; y por otra parte, su gusto exquisito y exigente lo convirtió en crítico implacable de charlatanes y literatos mediocres, que no otra cosa, entonces como ahora, eran casi todos los que se bautizaban a sí mismos con el pomposo nombre de intelectuales.

La reacción de los vapuleados debió verificarse violenta en contra del poeta afortunado y genial, que no sabía hacerse perdonar su bienestar y talento, repartiendo entre sus compañeros, anónimos y necesitados, las migajas de su abundancia y de su gloria.

Esa beligerancia aguda entre Horacio y la masa literaria de su tiempo se prolonga durante muchos años, recibiendo el poeta de sus enconados enemigos los cargos de egoísta, plagiaro y falto de inspiración, y replicándoles él con mordacidad despectiva.

Virgilio, amigo y cultor de las masas como Horacio, fué más afortunado que él para abrirse camino y captarse las simpatías y admiración incondicional de los hombres y literatos de su época. Jamás fué él perseguido por un destino adverso, roído por la envidia o desprestigiado por la calumnia, como Horacio. Mien-

tras su carácter difícil y el rumbo impreso a su vena poética acarrear al autor de las sátiras odios y ataques envenenados, nada mortifica jamás al cantor de la vida campesina y de la patria romana.

«Hacer odas como Horacio, decían sus émulos y envidiosos es cosa sencillísima: basta copiarlas de los griegos». Los críticos lamentaban no encontrar en sus poesías la elevación de Píndaro, el fuego de Safo, la gracia de Anacreonte; y muchos declaraban públicamente sus preferencias por Lucilio, poeta grosero y falto de inspiración.

Horacio arremete contra sus enemigos con la sátira y el desprecio, declarando no interesarle sino el juicio sobre sus versos de contadas personas.

En carta a Mecenas, desahoga el poeta su malhumor contra los hombres de letras, y explica el origen de los odios que él despierta:

«Oh servil rebaño de imitadores—apostrofa a los « literatos—si supieseis cuánto remueven mi bilis o « excitan mi risa vuestras sandeces» (1).

Se defiende luego contra el cargo de falta de originalidad, enumerando sus innovaciones en el arte poético:

«Por primera vez yo he señalado, en camino desconocido, las huellas de mi pie libre, donde nadie había pisado aún: con seguridad de mí mismo, he mar-

(1) O imitatores, servum pecus, ut mihi sæpe  
Bilem, sæpe jocum vestri movere tumultus.

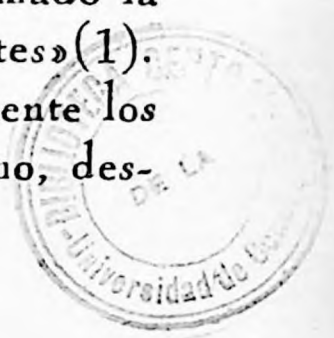
(Carta 19 del Libro I).

« cado el rumbo. A semejanza del cantor de Paros,  
« fuí el primero en escribir yambos entre los romanos;  
« he imitado los metros y movimientos de Arquíloco,  
« pero no sus temas y amarguras, que condujeron a  
« Lycambo a la muerte. No serán menos duraderos  
« mis laureles, porque no quise cambiar la medida y  
« ritmo de sus versos. Safo, la mujer hombre, suaviza  
« también por la selección de la medida la musa de  
« Arquíloco. Alceo hace otro tanto, pero variando el  
« asunto y ordenando los versos de otro modo, pues no  
« satiriza a su suegro, ni aprieta la soga alrededor del  
« cuello de su esposa. Yo he dado a conocer por vez  
« primera entre los latinos los cantos de Alceo. Autor  
« de canciones originales, me halaga haber llamado la  
« atención y ser apreciado por lectores competentes» (1).

Enumerados sus méritos literarios, especialmente los que significan una innovación en el mundo latino, des-

- (1) *Libera per vacuum posui vestigia princeps;  
Non aliena meo pressi pede. Qui sibi fedit  
Dux, regit examen. Parios ego primus yambos  
Ostendi Latio, numeros, animosque secutus  
Archilochi, non res, et agentia verba Lycamben.  
Ac ne me foliis ideo brevioribus ornes,  
Quod timui mutare modos, et carminis artem,  
Temperat Archilochi, musam pede mascula Sapho,  
Temperat Alcoeus; sed rebus, et ordine dispar.  
Nec socerum quærit, quem versibus oblinat atris,  
Nec sponsæ laqueum famoso carmine nectit.  
Hunc ego non alio dictum prius ore, Latinis  
Vulgavi fidicem. Juvat immemorata ferentem  
Ingenius oculisque legi, manibusque teneri...*

(Carta 19 del Libro I)





ciende el poeta a explicar a Mecenas el verdadero motivo de los ataques de que es víctima:

«¿Quieres saber, dice a su amigo, por qué el ingrato lector, gustando de mis escritos, me critica no obstante, y zahiere en público? Es porque yo no me dedico a ganar la populachería por medio de banquetes y regalos de ropas viejas; porque no mendigo los aplausos de los retóricos, ni frecuento sus corrillos, aunque leo y aplaudo a los buenos escritores. De ahí las críticas» (1).

Se queja en otra oportunidad de las hostilidades de que es objeto, atribuyéndolas a la acción de la envidia:

«La Reina de las ciudades—escribe en su oda a Melpómene—Roma me ha juzgado digno de figurar en el amable coro de los poetas, sintiendo desde este momento menos profundas las mordeduras de la envidia» (2)

Alrededor de Horacio y de su prestigio literario,

- (1) Scire velis mea cur ingratus opuscula lector  
Laudet, ametque domi, premat extra limen iniquus?  
Non ego ventosæ plebis suffragia venor  
Impensis caenarum, et tritæ munere vestis.  
Non ego nobilium scriptorum auditor, et ultor,  
Grammaticas ambire tribus, et pulpita dignor.  
Hinc illæ lacripnæ...

(Carta 19 del Libro I).

- (2) Romæ principis urbium  
Dignatur soboles inter amabiles  
Vatum ponere me choros,  
Et jam dente minus minus mordeor invido.

(Oda 3 del Libro IV).

se realizaba dos mil años atrás un fenómeno semejante al que presenciarnos en nuestros días.

Poeta oficial, al servicio del orden establecido y adulón de los poderosos, es elevado a la cúspide del Parnaso por los que pudiéramos llamar hombres y literatos del régimen. Los rebeldes, los inadaptados lo combaten, zahieren y desconocen sus indiscutibles méritos. La displicencia y mordacidad del poeta encona y exacerba el ataque de sus enemigos. Afiliado en el círculo de los literatos domésticos, recibe el aplauso de sus congéneres y de los favorecidos por su acción literaria conservadora.

La acogida fervorosa de la posteridad a su obra poética no es del todo extraña a la ideología que el poeta exaltara en sus versos maravillosamente cincelados. La tendencia conservadora ha sido, y será siempre con el correr de los siglos, quien consagre a los genios y asegure la inmortalidad de quienes le hayan servido con talento y esfuerzo.

«Los tumultos, rivalidades e increíble vanidad, dominantes en los cenáculos literarios de Roma han sido satirizados por el mismo Horacio en carta a Julio Floro:

«Si tienes tiempo, le escribe, sígueme y escucha de  
«lejos a cada cual y el motivo por el que uno y otro  
«reclama una corona para sí. Nosotros somos vapulea-  
«dos, pero nuestro enemigo recibe igual número de  
«golpes, semejantes a los gladiadores samnitas, cuyas  
«luchas se prolongaban hasta la noche. Yo salgo con

« el nombre de Alceo, y ¿qué haré yo con el otro sino  
 « llamarlo Calímaco? Y si poco le pareciera, lo llama-  
 « ría Mimnermo o algo más grande todavía. ¡Ah!, qué  
 « de cosas yo sufro para calmar la irritable especie de  
 « los poetas, cuando escribo y debo solicitar los aplau-  
 « sos del vulgo... Muy ridículos son los malos poe-  
 « tas; pero ellos gozan con su obra, y si vosotros no lo  
 « hacéis, ellos mismos se alaban, orgullosos de sus  
 « versos (1).

Naturalmente retraído y enemigo de las palabras ociosas, el poeta huye de los charlatanes literarios, de los importunos venidos a menos; pero debe pagar caros esos desaires. La maledicencia de los despreciados se ceba en su nombre y prestigio.

Alcanzada la amistad de Mecenas, llueven empeños y súplicas de los literatos pobres, para hacerse presentar al magnate o participar en alguna forma de sus

- 
- (1) Mox etiam, si forte vacas, sequere, et procul audi  
 Quid ferat, et quare sibi nectat uterque coronam.  
 Cædimur, et totidem plagis consumimus hostem,  
 Lento Samnites ad lumina prima duello.  
 Discedo Alcæus puncto illius: ille meo quis?  
 Quis, nisi Calimachus? si plus adposcere visus,  
 Fit Mimnermus, et optivo cognomine crescit.  
 Multa fero, ut placem genus irritabile vatum,  
 Cum scribo, et supplex populi suffragia capto...  
 Ridentur mala qui componunt carmina; verum  
 Gaudent scribentes, et se venerantur, et ultro,  
 Si taceas, laudant, quidquid scripsere, beati.

(Carta 2 del Libro II).



larguezas. Egoísta, Horacio pasa de largo, sin recordar sus tiempos de miseria, y se burla todavía de los aspirantes a comensales del Esquilino:

«Pasaba, escribe, por la Vía Sacra, pensando, según mi costumbre, en no sé qué bagatelas, y absorbiendo por ellas. Cierta individuo, a quien conozco de nombre solamente, se me acerca, y dándome la mano — «¿Cómo estás, querido amigo?» me dice. — «Muy bien, como usted lo ve; hasta luego». Viéndolo que me sigue: «¿Desea usted algo de mí?» le digo. — «Tú me conoces, responde, los dos somos hombres de letras». — «Yo lo aprecio mucho», le respondo».

«Deseando arrancar de él, apuro el paso o lo acorto, volviéndome alguna vez a mi criado, y simulando decirle algo en secreto: sudo de pies a cabeza. Digo entre dientes: ¡Ah, afortunado Bolano, quien tuviera tu cerebro!».

«Mientras tanto, no cesaba el charlatán de hablar sobre todo, de las calles, de la ciudad, y viéndolo que yo nada respondía: — «¡Ah!, dice, me doy cuenta de que deseas esquivarme el bulto, pero no saldrás con la tuya; te seguiré a donde vayas. ¿A dónde vas?» — «No camine demás, replico, voy a ver a una persona desconocida para usted y que vive lejos, al otro lado del Tíber, cerca de los jardines de César». — «No tengo nada que hacer, insiste, de modo que le acompañaré hasta allá».

«Agacho la cabeza como el estúpido asno que lleva mucha carga» (1).

«El reanuda su conversación: —«Si no me equivoco al apreciarme, vos me estimaréis, al fin, tanto como a Visco y Vario, porque ¿quién compone más versos y con mayor rapidez que yo? ¿Quién baila mejor que yo? El mismo Hermógenes envidiaría mis canciones».

«Resolví interrumpirlo: —«¿Tienes madre, le dije, o parientes que se interesen por ti?». —«Ninguno; los enterré a todos», replicó. —«Felices ellos, le repliqué y ahora me toca a mí. Adelante; ha llegado el instante fatal, que me anunciara, siendo niño, una vieja Sabina, después de agitar la urna proféti-

- 
- (1) Ybam forte via Sacra, sicut meus est mos,  
 Nescio quid meditans nugarum, totus in illis.  
 Accurrit quidam notus mihi nomine tantum,  
 Arreptaque manu: Quid agis, dulcissime, rerum?  
 Suaviter, ut nunc est, inquam et cupio omnia quæ vis.  
 Cum assectaretur: Numquid vis? occupo. At ille:  
 Noris nos, inquit; docti sumus.—Hic ego: Pluris  
 Hoc inquam, mihi eris, Misere discedere quærens,  
 Ire modo ocius, interdum consistere; in aurem  
 Dicere nescio quid puero. Cum sudor ad imos  
 Manaret talos: O te Bolane, cerebri  
 Felicem! aiebam tacitus. Cum quidlibet ille  
 Garriret, vicos, urbem laudaret; ut illi  
 Nil respondebam; Mirere cupis, inquit, abire,  
 Jamdudum video; sed nil agis, usque tenebo;  
 Persequar. Hic quo nunc iter est tibi —Nil opus est te  
 Circumagi; quendam volo visere non tibi notum;  
 Trans Tiberim longe cubat is, prope Cæsaris hortos...  
 —Nil habeo quod agam, et non sum piger; usque sequar te.

«ca: Ni el veneno, dijo ella, ni espada enemiga, ni tos, ni gota o pleuresía causarán la muerte de este niño; lo matará un charlatán. Si él es prudente, que huya de los charlatanes cuando sea grande» (1).

En medio de la conversación se acuerda el charlatán de una citación judicial que tiene pendiente para esa hora, y de que perderá el pleito si no acude al tribunal. Perplejo durante algunos instantes sobre si concurrir al juzgado o seguir con Horacio, resuelve por último continuar acompañando al Poeta:

«—¿Y cómo están tus relaciones con Mecenas? prosigue; es un hombre de criterio y de amigos escogidos; sabe usar de la fortuna. Si quieres presentarme a él, yo secundaría fielmente tus miras, y desaparecerían tus rivales». —«No vivimos en esa casa co-

(1) Demitto auriculas, ut iniquæ mentis asellus.  
 Cum gravius dorso subiit onus. Incipit ille.  
 Si bene me novi, non Viscum pluris amicum,  
 Non Varium facies; nam quis me scribere plures,  
 Aut citius possit versus? quis membra movere  
 Mollius? invidet quod et Hermogenes, ego canto.  
 Interpellandi locus hic erat.—Est tibi mater.  
 Cognati, quis te salvo est opus?—Haud mihi quisquam:  
 Omnes composui.—Felices! nunc ego resto:  
 Confice; namque instat fatum mihi triste, Sabella  
 Quod puero cecinit, divina mota anus urna:  
 Hunc neque dira venena, nec hosticus auferet ensis,  
 Nec laterum dolor, aut tussis, nec tarda podagra;  
 Garrulus hunc quando consumet cumque; locuaces,  
 Si sapiat, vitet, simul atque adoleverit ætas.

(Sátira 9 del Libro I).



« mo tu piensas; en ninguna parte hay más hombría de  
 « bien y ausencia de intrigas; cada uno está en su lu-  
 « gar; no temo las rivalidades de nadie, por rico o ta-  
 « lentoso que sea» (1).

Tal respuesta entusiasma al charlatán y aviva sus deseos de llegar a la amistad del magnate. La idea de vivir en paz en medio de la abundancia lo seduce hasta el punto de interesarse más aun por alcanzar su objetivo.

«—Enciendes, dice el charlatán al Poeta, mi de-  
 « seo de conocerlo. Empéñate solamente; nada resistirá  
 « a tu influencia. Mecenas no es inaccesible, pero son  
 « difíciles los primeros trámites para llegar a él.—Na-  
 « da omitiré; corromperé con dádivas a sus criados; si  
 « ahora me va mal, no desistiré; buscaré la ocasión, le  
 « saldré al encuentro en la calle y le acompañaré. Na-  
 « da se alcanza en la vida sin penoso esfuerzo» (2).

(1) *Mæcenas quomodo tecum?*

*Hinc repetit —Paucorum hominum, et mentis bene sanæ.*

*Nemo dexterius fortuna est usus. Haberes.*

*Magnum adjutorem, posset qui ferret secundas,*

*Hunc hominem velles si tradere: dispeream, ni*

*Summosses omnes. —Non isto vivimos illic,*

*Quo tu rere, modo; domus hac nec purior ulla est,*

*Nec magis his aliena malis. Nil mi officit unquem,*

*Ditior hic, aut est quia doctior; est locus uni*

*Cuique seus...*

(Sátira 9 del Libro I).

(2) *Accendis quare cupiam magis illi*

*Proximus esse. —Velis tantummodo: quæ tua virtus*

*Expugnabis; et est qui vinci possit eoque*

*Difficiles aditus primos habet — Haud mihi deero;*

¿Cómo logra el Poeta libertarse de su empecinado compañero?

Un amigo con quien se encuentra, y a quien simula hablar en secreto a fin de ahuyentar al importuno, no se presta para la farsa, y lo deja entregado al majadero. Aparece finalmente su salvador en la persona de un enemigo del charlatán, quien se apersona a su contrario y lo arrastra por fuerza a presencia del Pretor: «Así me salvó Apolo» (1), termina su sátira el Poeta.

Esta mordacidad de Horacio para zaherir a los charlatanes literarios de su tiempo, se convierte en benevolencia hacia los verdaderos cultores de las bellas letras. En carta a Augusto, denuncia regocijado la fiebre de escribir que se ha apoderado de los romanos, y no trepida en aconsejar al Emperador la protección de literatos y poetas.

«Durante mucho tiempo, escribe, se creyó en Roma  
« que las únicas ocupaciones nobles eran explicar las  
« leyes, prestar dinero a personas solventes, escuchar  
« con respeto a los ancianos, y ejercitar a los jóvenes en  
« la ciencia de acrecer los caudales y reducir los ape-  
« titos malsanos; pero este pueblo ha cambiado, y

---

Muneribus servos corrumpam; non, hodie si  
Exclusus fuero, desistam; tempora quæram;  
Ocurram in triviis, deducam. Nil sine magno  
Vita labore dedit mortalibus...

(Sátira 9 del Libro I).

(1) Sic me servavit Apollo

« arde hoy día con la fiebre de escribir. Jóvenes  
 « y viejos, coronados de flores, recitan versos en las  
 « reuniones... Con o sin aptitudes, todos escribi-  
 « mos versos. Sin embargo, esta simpática locura tie-  
 « ne sus ventajas. Oidlas (1).

Entusiasta defensa hace en seguida de la mora-  
 lidad de los poetas, enumerando los vicios de que  
 se encuentran libres y refiriéndose luego a su importan-  
 te función en medio de la sociedad:

« Jamás la avaricia penetró al corazón de un poeta;  
 « él ama únicamente sus versos, y se ríe de la pérdida  
 « de su fortuna, de la fuga de sus esclavos, de los in-  
 « cendios; no piensa en engañar al asociado o al pupi-  
 « lo, y vive de legumbres y pan negro. Aunque poco  
 « hábil para la guerra, es útil a la ciudad, pues siem-  
 « pre lo pequeño sirve a lo grande. Educa con sus  
 « versos la lengua tierna y balbuciente de los niños,  
 « les inspira horror a las conversaciones obscenas; poco  
 « a poco, por medio de dulces lecciones, modela su

---

(1) Romæ dulce diu fuit et solemne, reclusa  
 Mane domo vigilare, clienti promere jura;  
 Cautos nominibus certis expendere nummos;  
 Majores audires; minori dicere, per quæ  
 Crescere res posset, minui damnosa libido  
 Mutavit mentem populus levis, et calet uno  
 Scribendi studio; pueri, patresque severi  
 Fronde comas vincti cænant, et carmina dictant...  
 Scribimus indocti, doctique poemata passim.  
 Hic error tamen, et levis hæc insania, quantas  
 Virtutes habeat, sic collige...

(Carta 1 del Libro II).



« corazón, ahuyentando de él la cólera, la rudeza y la  
 « envidia. El recuerda las grandes acciones y con  
 « ejemplos ilumina la posteridad; consuela al pobre y  
 « al enfermo (1).

Un raptó de lirismo y emoción, tanto más significativo en Horacio, esencialmente sereno, frío y extraño a los entusiasmos, lo arrastra a constituir a los poetas en intermediario entre los hombres y los dioses, atribuyéndoles el rol de verdaderos sacerdotes:

«¿Quién enseñaría a rezar, pregunta, a los jóvenes  
 « y doncellas romanas, si las Musas no nos hubieran  
 « concedido al poeta? El Coro implora el auxilio de  
 « los dioses, y se rinden éstos a sus ruegos; atrae el  
 « rocío celestial con sus dulces e irresistibles plegarias,  
 « ahuyenta las enfermedades, hace desaparecer los pe-  
 « ligros, alcanza la paz y abundantes frutos de la tie-

(1)

Vatis avarus

Non temere est animus; versus amat, hoc studet unum;  
 Detrimenta, fugas servorum, incendia ridet;  
 Non fraudem socio, puerove incogitat ullam  
 Pupillo; vivit siliquis, et pane secundo.  
 Militiæ quamquam piger et malus, utilis urbi;  
 Si das hoc, parvis quoque rebus magna juvari.  
 Os tenerum pueri, balbumque poeta figurat;  
 Torquet ab obscœni jam nunc sermonibus aurem;  
 Mox etiam pectus præceptis format amicis,  
 Asperitatis et envidiæ corrector et iræ:  
 Recte facta refert; orientia tempora notis  
 Instruit exemplis; inopem solatur et ægrum.

(Carta I del Libro II).

« rra. Los versos tornan benignos a los dioses del « Olimpo y del Averno » (1).

La defensa de Horacio en favor de la poesía y los poetas resuena a través de los siglos, justiciera y siempre oportuna; y más todavía en nuestros tiempos de inmundo utilitarismo, en que el dinero y los intereses creados se empeñan en acallar las últimas protestas de la moral, la justicia, la libertad y el ideal.

---

(1)      *Castis cum pueris ignara puella mariti  
Disceret unde preces, vetem ni Musa dedisset?  
Poscit opem chorus, et præsentia numina sentit;  
Cælestes implorat aquas docta prece blandus;  
Avertit morbos, metuenda pericula pellit;  
Impetrat et pacem, et locupletem frugibus annum.  
Carmine Di superi placantur, carmine Manes.*

(Carta I del Libro II).